

"Si es cierto que en veinte años el feminismo ha realizado enormes progresos, también es cierto que la transformación del modelo masculino corresponde aún a una minoría sofisticada".

Elizabeth Badinter. Entrevista con "Le Monde". Ediciones La Decouverte y periódico Le Monde, Paris, 1985.

ELIZABETH BADINTER*

PROFESORA titulada de filosofía, Elizabeth Badinter dedicó muchos años de investigación al estudio de la familia y, en particular, al problema de la mujer. En su libro "L'Amour en plus" (El amor maternal) (*) analiza el famoso instinto materno con la intención de demostrar que este no es más que un valor cultural adquirido y variable en función de las épocas y las costumbres. De este modo, lo "maternal" puede compartirse, en armonía con "lo paternal".

Y concluye: "Estamos asistiendo al nacimiento de una férrea voluntad femenina de compartir el universo y los niños con los hombres. Y esta voluntad cambiaría sin duda la condición humana del futuro".

Desde la Antigüedad, la ideología dominante sometió a las mujeres al poder patriarcal. ¿La toma de conciencia feminista actual logrará crear una verdadera "igualdad dentro de la diferencia"?

Contra dos mil años de sumisión al poder patriarcal, sólo tenemos unos veinte años de feminismo efectivo y militante; por lo tanto resulta difícil arriesgarse a es-

(*) Traducción de Luz Gabriela Arango G.



Elizabeth Badinter: nueva versión de hogar, maternidad y marido.

El eterno femenino:

¿Un mito?

stablecer un diagnóstico. Sin embargo, el trabajo que han llevado a cabo las feministas a partir de los años 60 ha cambiado ya el curso de las cosas. Las mujeres que han luchado, que han utilizado a veces medios desagradables, incluso violentos, han logrado algo fundamental al hacer que la culpabilidad cambie de terreno.

Las grandes evoluciones de las costumbres necesitan frecuentemente una "toma del poder" moral, un cuestionamiento del poder del otro, invocando la justicia y la moralidad. Los hombres del siglo dieciocho utilizaron el arma de la culpabilidad, no sin astucia, para encerrar a las mujeres dentro de su rol materno y doméstico. Al tiempo que las atraían con las ventajas morales y sociales de su nuevo poder, condenaban severamente y por anticipado a todas aquellas que se resistieran. A su vez, desde hace veinte años, las

feministas han hecho que los hombres se sientan culpables, al mostrarles la injusticia de su comportamiento con las mujeres.

Si las mujeres sólo hasta el siglo dieciocho aceptan los "deberes" impuestos a la "madre ideal", con el fin de desempeñar un rol social más gratificante, ¿puede entonces deducirse que el "instinto materno" no es más que un mito cultural "pasajero"?

En todo caso es un mito aún muy fuerte para un gran número de mujeres. Por otra parte, este concepto no nace en el siglo dieciocho; desde los orígenes de los tiempos se habla de amor materno en términos de instinto; basta con leer la Biblia. Pero entre el siglo XVII y el siglo XVIII, un número importante de mujeres olvidó esa idea del instinto materno, rehusando, por motivos a veces opuestos, amamantar a sus hijos y asegurar su supervivencia.



Solo a finales del siglo XVIII, por motivos económicos prosáicos, este mito es reactualizado. La mayor preocupación de los hombres ilustrados de la época era evitar la muerte de los niños para poder disponer de un mayor número de brazos. Ellos "vuelven a descubrir" este concepto y con él, amarran a la mujer. Si existe un instinto materno, la mujer que no se dedique a sus hijos, es evidentemente una mujer desnaturalizada.

Este mito fue desarrollado aún más por el sicoanálisis, pero las mujeres comienzan a dudar de su existencia, porque muchas de ellas se dan cuenta del trabajo que les cuesta dedicarse a sus hijos. Si pudiéramos hacer un balance de la realidad cotidiana de las mujeres, veríamos cómo los "hechos" comienzan a carcomer el poder del "mito". Sin embargo, aún en la actualidad, hay que ser tremadamente liberada y lúcida para confesar que no se tiene "instinto materno".

No obstante, puesto que las mujeres se ven de todas formas obligadas a criar a sus hijos, ¿no es preferible para ellas que crean en eso?

Puede ser. Pero al lado de los discursos difíciles existe otro discurso; el de las mujeres entre sí. Cuando se sienten en confianza y no tienen miedo de ser juzgadas como "malas madres", expresan su dificultad para quedarse solas con sus hijos y para ser la buena madre descrita por la ideología oficial. Habría que intentar más bien captar estos propósitos femeninos que expresan la verdad de la vivencia mucho más que los discursos de los sicoanálisis o de los pediatras. Pero este discurso es muy nuevo, las mujeres no se atrevían a decirlo antes, ni siquiera entre ellas mismas.

¿Sería posible que la "nueva mujer" se liberara también de la imagen interiorizada del "eterno femenino" que la mantiene alienada por y para el hombre?

Las mujeres tienen muchas ganas de liberarse de ese "eterno femenino" porque desean, como los

hombres, tener acceso a la "inmortalidad". El eterno femenino es la reproducción invariable de los mismos comportamientos organizados en torno a la famosa trilogía: la casa, la maternidad, el marido. Pero ocurre que muchas mujeres revelan actualmente una ambición muy diferente –más allá de la eternidad por medio de la descendencia y es la de la creación, de la obra. Porque si el eterno femenino es propio de la madre, la "inmortalidad femenina" es propia de la mujer como tal, independientemente de cualquier maternidad, de cualquier hombre...

El eterno femenino evoca también la imagen de la mujer seductora, que sólo existe a través de los ojos admiradores del hombre, ¿la "nueva mujer" sabrá también liberarse de esta necesidad de gustar?

El hecho de que las mujeres ya no quieran vivir solamente "por" y "para" el hombre es indudablemente hacia donde ellas se dirigen. Pero también es cierto que existe tal juego, tal placer en la seducción que nunca nos liberaremos totalmente de ella, y así está bien. Por otra parte, el gustar no es exclusivo de la mujer. Los hombres también sienten la necesidad de seducir.

Sin embargo parece que solamente renunciando a gustar algunas mujeres pueden dedicarse a crear. ¿Existe acaso una relación inversa entre la seducción y el saber, la mujer y la mujer sujeta?

No pienso que una mujer que cree, deje de querer gustar; son dos polos diferentes de su vida que ocupan cada cual su lugar cuando les corresponde. Además, no todas las mujeres desean crear y muchas prefieren gustar. La "nueva mujer" que vemos surgir puede ser alternativamente una u otra. Yo rechazo la imagen estereotipada de la mujer fea e indeseable con la que los hombres han caricaturizado injustamente a las mujeres creadoras. Creo que ellas desean poder afirmar su dualismo: indiferentes ante su aparien-

cia física cuando crean y son plenamente "sujetos"; bellas para atraer la mirada del otro cuando tienen deseos de ser "objetos".

La señora Simone de Beauvoir, que invirtió tanto en la creación y luchó por la autonomía, no es una mujer que haya renunciado a gustar, y tanto mejor! Esta alternativa, a mi juicio, no es más que una idea machista para que las mujeres desistan de alejarse del esquema tradicional. Pero es cierto que, cuando uno está creando, nada más importa. En ese momento, a uno no le importa su apariencia.

La emancipación de la mujer aparece marcada por el cruce de dos aspiraciones; la ambición materna y la ambición personal. ¿Cómo "negociar" armoniosamente el carácter complementario de esta doble vocación?

Este caso no concierne a todas las mujeres porque las que trabajan solo representan el 40% de la población activa y estas no todas son ambiciosas. Para poder vivir esta doble ambición de manera más armoniosa, sólo hay un recurso: el hombre. Si no hay un cambio radical en la actitud masculina –aceptando compartir las tareas domésticas– las mujeres seguirán viviendo esta "doble vida" como una ruptura. Y corremos el riesgo de presenciar un incremento veloz de los divorcios y una baja aún mayor de la natalidad. Porque las mujeres saben que la maternidad activa sólo dura 15 años y la expectativa de vida de una mujer francesa es de 70 años. Muy pronto se darán cuenta de que "jugarse" su vida sobre 15 años es una locura.

Las mujeres sentirán cada vez más deseos de decir "yo primero"; esto no significa "yo únicamente"; sino "mi propia vida pri-

El eterno femenino

mero". Hay que permitirle entonces — esto es un llamado a los hombres— vivir esta doble ambición durante los 15 años más decisivos en la forma más armoniosa posible.

Se habla mucho de la "nueva mujer" ¿pero no es hora también de enfocar el surgimiento de un "nuevo hombre"?

Indudablemente. Las mujeres han dado un paso decisivo en su evolución y los hombres no las han seguido realmente. Sin embargo, esta evolución sólo puede continuar de manera satisfactoria si los hombres se cuestionan a sí mismos y a sus modelos tradicionales. Si ellos no se transforman, la conciliación entre las dos ambiciones femeninas será vivida cada vez con mayor dificultad por las mujeres y por consiguiente, también por los hombres. La pelota está en el terreno de ellos.

Algunos hombres jóvenes intentan liberarse de las imágenes tradicionales de la virilidad y tratan de forjar nuevos modelos...

Yo respeto sus proyectos, pero constato que se trata de un fenómeno muy marginal. Si es cierto que en veinte años el feminismo ha realizado enormes progresos, también es cierto que la transformación del modelo masculino corresponde aún a una minoría sofisticada.

¿Logrará esta minoría convencer a la mayoría de los hombres de que ellos también cambien? No es aún el caso, y el cambio limitado que podemos percibir, a mi parecer, es más el resultado de la presión feminista.

El feminismo parece, en efecto, interesar a todas las mujeres, incluso a aquellas que no son militantes, porque perciben una complicidad entre ellas, mientras que los hombres no comparten necesariamente los mismos intereses...

Con la diferencia de que su situación actual se ha vuelto tan incómoda que van a comprender seguramente la necesidad de volver a definir su ser, sus funciones y sus poderes. Las feministas los

han cuestionado con demasiada severidad para que puedan permanecer aferrados a sus antiguos modelos, los cuales, a la larga, ni siquiera les gustan. Lo que muy tristemente les hace falta a los hombres, es un nuevo modelo. Si para las mujeres el cambiar de orilla y abordar el terreno masculino es socialmente gratificante, para los hombres, el colocarse en el terreno de las mujeres es considerado como algo que atenta contra su virilidad y por lo tanto, contra su estatus social. Por esta razón duan antes de dar ese paso.

¿Los pocos hombres que cuestionan su dedicación excesiva al trabajo no tendrán una mayor capacidad para replantear su concepción de la vida familiar?

Resultaría indebido pedirles a los hombres el sacrificio de su ambición personal. Pero ya es hora de que inviertan un poco más en la vida familiar y asuman sus responsabilidades. Si tan sólo hicieran los mismos esfuerzos que hacen las mujeres por conciliarlo todo, la vida sería mucho más sencilla!.

¿La afirmación socio-profesional de la "mujer ambiciosa" deberá siempre chocar contra la desconfianza de los hombres?

La desconfianza y la rivalidad existen siempre. Cuando les pregunto a algunos de mis alumnos en el Politécnico, lo dicen franca y cínicamente: "Las mujeres nos molestan porque nos quitan el empleo". Esta rivalidad va a aumentar seguramente debido a la crisis económica actual. Es indudable que la mujer ambiciosa no pondrá fin al régimen de desconfianza imperante, sino que al contrario lo va a acentuar.

¿No es paradójico que, aún en el campo tradicional de su liberación —la creación intelectual—, la mujer haya alcanzado rara vez el genio del hombre (Marx, Freud, Einstein-), mientras que ha logrado llegar a ser Jefe de Estado, magistrado o piloto...

Esas tres funciones no exigen genialidad. Resulta que esta última es el bien más escaso del mundo. Marx, Freud, Einstein, tres

hombres únicamente para iluminar un siglo! Para las mujeres de esa época era imposible expresar algún tipo de genialidad porque ni la educación, ni la imagen que les devolvía la sociedad, ni el modelo de mujer ideal podían incitarlas a dar lo mejor de sí mismas. Actualmente, las mujeres geniales son posibles, pero por favor! demósles tiempo para que puedan realizarse...

Estamos asistiendo al surgimiento de una "mujer total" que vive una doble existencia: su "naturaleza" femenina y su "cultura" masculina; ¿su complementariedad con el "nuevo hombre" daría lugar a una mutación social importante?

La mujer, tanto como el hombre, es dual. Ella posee una parte de virilidad que no es producto únicamente de su cultura, sino que se encuentra profundamente anclada en ella. Pero desde hace siglos esta parte viril ha sido ocultada y reprimida.

Actualmente, esta doble naturaleza comienza a aparecer y vemos surgir suave y laboriosamente la creatura androgina que todos y todas somos. Según Freud, todo comienza en la bisexualidad, pero esta desaparece con la educación, la madurez y el edipo. Pero el gran problema es que el hombre aún no se atreve a expresar su carácter "andrógino" porque teme perder su virilidad. En cambio la mujer ha comprendido muy bien que desarrollar al lado de su feminidad, el aspecto viril de su ser, la enriquece como persona. Ella no considera que este carácter androgino signifique la pérdida de su feminidad a favor de una virilidad ajena.

Por otra parte, no es cierto que la mujer esté buscando apropiarse de la "lógica", perjudicando su "intuición" y sus sentimientos, o que busque el "poder" en detrimento de la "familia", porque ella lo quiere "todo". Lo que se busca es entonces un enriquecimiento y no un empobrecimiento, una complementariedad y no una unicidad. Desgraciadamente, la mujer no tiene frente a ella un "nuevo



Un pensamiento novedoso en el movimiento feminista

ELIZABETH Badinter, luego de publicar su "escándalo" libro sobre el amor materno, en donde cuestionaba por medio de una rigurosa investigación histórica, la existencia de un instinto materno universal, publica en Francia en 1986 un ensayo histórico-filosófico sobre las relaciones entre los sexos.

Partiendo de las mutaciones en vigor en Europa, provocadas en gran medida por el movimiento feminista de los años sesenta, intenta aprehender en forma ambiciosa, pero fundamentada y

coherenteamente, las características esenciales de la relación hombre/mujer en sus diferentes momentos históricos.

Hundiéndose en los tiempos remotos del Paleolítico, desarrolla hipótesis convincentes sobre la complementariedad no opresiva de los roles sexuales en la época de los cazadores recolectores. Destaca la división del trabajo y de los poderes sociales en el Neolítico con el surgimiento de la agricultura y el culto de las Diosas-Madres, época en que la mujer reina y el hombre gobierna sin que un sexo someta al otro.

Analiza el surgimiento del patriarcado como un vuelco en las relaciones entre los sexos al extremar su separación y poner en peligro la complementariedad. La lógica de exclusión de la mujer es exacerbada por los patriarcados absolutos: islámico, judaico, cristiano medieval... Las religiones monoteístas que derrotan el culto a las diosas de la fecundidad se convierten en teologías de Estado de un sistema de dominación global que tiende a la anulación de la Una por el Otro. Aristóteles y Santo Tomás llegarán a negarle a la mujer su pertenencia al género humano. Hombre y Mujer se oponen como el Bien y el Mal, la

mujer es considerada enemiga del Hombre, su sexualidad es demoníaca y amenazadora. La institución matrimonial asegura al hombre el control sobre la fecundidad femenina, con el respaldo de un Dios creador y proveedor por partenogénesis. Es la época del Uno sin la Otra.

Se refiere con optimismo a la agonía del Patriarcado que se inicia con la Revolución Francesa, la cual, al matar a Dios, debilita considerablemente al Padre e instaura los valores democráticos e igualitarios que servirán de fundamento a las luchas feministas. Los Derechos Humanos proclamados por la Revolución Francesa no incluyen a las mujeres que deberán proseguir la lucha para tener de nuevo acceso a la Humanidad. La agonía del Patriarcado dura dos siglos y en los últimos veinte años es consumada con el control de las mujeres sobre su fecundidad y su participación activa en el mundo económico. Se plantea entonces una mutación. La lucha por la igualdad tiende a borrar las diferencias entre los sexos, la bisexualidad sicológica y social se afirma, las mujeres asumen valores masculinos sin negar los femeninos. La identidad masculina entra en crisis.



Ambos sexos tienden a la totalidad y la autosuficiencia confrontándose como individuos. La feminidad es disociada de la maternidad, pero esta última se convierte en poder exclusivo de la mujer. La especificidad masculina desaparece más allá de la simple anatomía. La mujer se afirma en su androginia pero el hombre duda en asumir la propia. Se desarrolla el "capitalismo del Ego" y se intuye una sociedad de individuos mutantes al otro lado de esta crisis sociocultural de la identidad sexual. Los más optimistas como Edgar Morin defienden la mutación al considerarla un progreso en la vía de la humanización: la feminización de los hombres y la virilización de las mujeres, ¿permitirá que ambos conozcan el ciclo completo de la humanidad?

Con base en una amplísima documentación antropológica, filosófica e histórica, E. Badinter plantea, entonces, una sugestiva problemática desarrollando un pensamiento feminista muy novedoso y coherente.

"hombre" sino a alguien que duda entre dos modelos. Presenciamos por tanto un extraordinario desequilibrio entre las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, porque estos se han quedado aún en la otra orilla. Tal vez las mujeres deberían ayudarlos a pasar al otro

lado; ya que no desean tenerlo "todo" para ellas, sino para compartirlo con ellos!

Obras:

Les "remontrances" de Malesh Erbes, 10/18, 1978

L'Amour en plus, Flammarion, 1980

Emilie, Emilie, L'ambition féminine au XVII siècle, Flammarion, 1983

Elizabeth Badinter nació en 1944 Profesora titulada de filosofía